

Dos extrañas epidemias

Pese a la complejidad cada vez mayor de la Medicina, todavía quedan posibilidades de investigación para el médico que, aun ocupando puestos modestos, esté dotado de un agudo sentido de la observación y de un firme deseo de profundizar en el conocimiento de sus enfermos. Dos interesantes ejemplos, recientemente comunicados, permiten comprobarlo.

Bandas de «jazz» y dolores epigástricos.—En la región de Northumberland, una de las cuencas hulleras más ricas de Inglaterra, se encuentra el pueblecito de Hazlerigg, en donde tiene lugar cada año una fiesta célebre en la comarca por el concurso de bandas de «jazz» juveniles que en ella se organiza. El concurso es precedido por un desfile de las bandas, entre las que algunas llegan a tener hasta 80 miembros, casi todos del sexo femenino, de cinco a dieciséis años, «virtuosos» en el manejo de tambores, bombos, címbalos y chicharras. En la fiesta de que nos vamos a ocupar, terminado el desfile comenzó una de las bandas a interpretar sus piezas predilectas, y pronto pudo observarse que algo iba mal. Una joven de dieciséis años que tocaba el bombo cayó al suelo desmayada, y en los minutos siguientes, otras cinco o seis jóvenes de la misma banda empezaron a quejarse de vértigos y dolores abdominales, y cayeron también a tierra. En breves momentos, muchos más jóvenes de ambos sexos se sintieron enfermos, quejándose de dolores abdominales y llorando. En total, los hospitales comarcales cercanos a Hazlerigg recibieron 168 niños y adolescentes, de cuyo examen y tratamiento se encargó en particular el doctor H. C. T. Smith, del distrito rural de Castle Ward. Entre los elementos que resultaron sospechosos, el doctor Smith descartó rápidamente los alimentos, porque muchos de los jóvenes habían traído su propia merienda y procedían de distintos pueblecitos de la región. Pensó después en la acción de un plaguicida, pues los componentes de las bandas habían merendado en una pradera tratada recientemente con 2,4 D-amina, producto de eliminación selectiva de la maleza; sin embargo, había llovido varias veces desde el rociamiento y nunca se había registrado el menor efecto tóxico de esa sustancia; la última posibilidad era un escape de gas natural, instalado recientemente en la zona, pero pronto se supo que por debajo de la pradera en cuestión no pasaba tubería alguna. Así, los médicos llegaron a la conclusión de que se trataba de un clásico acceso de histeria colectiva, motivado por el estado de excitación en que se hallaban los jóvenes

músicos y tomentado por la tensión originada por el suceso, con la llegada de ambulancias, la evacuación de los pacientes a los hospitales y el componente de misterio que rodeaba a un trastorno de tan súbita aparición.

El culpable está en Lisboa.—El 10 de octubre de 1973, dos aviones de líneas regulares y un avión fletado llegan a aeropuertos estadounidenses con un gran número de pasajeros afectos de trastornos gastrointestinales agudos. **Primer avión:** Entre los 170 pasajeros, 47 comienzan a sufrir vómitos, calambres y diarrea una a dos horas después de comer; a la llegada a Nueva York, dos pasajeros son hospitalizados y se restablecen con rapidez. **Segundo avión:** A los noventa minutos de la comida a bordo y durante todo el trayecto hasta San Juan de Puerto Rico, 50 de los 91 pasajeros sufrieron iguales síntomas que los del primer avión, pero de mayor intensidad, de tal modo que un médico que viajaba en este segundo avión hubo de aplicar oxígeno a varios enfermos. **Tercer avión:** A su llegada a Filadelfia desembarcan 150 enfermos de los 179 pasajeros, sufriendo náuseas, vómitos y diarrea.

La investigación de los médicos de los aeropuertos descubre pronto un elemento común a los tres aviones: la recogida en Lisboa, en el curso de su escala, de la comida que se sirvió a los pasajeros y, en particular, el hecho de que, si bien variaban ciertos ingredientes, todas las comidas tenían el mismo postre, que había sido preparado por un pastelero de Lisboa. Ese postre —un babarúa— se confeccionaba cada mañana durante cuatro horas, se distribuía en las bandejas individuales destinadas a los pasajeros y se dejaba en un local hasta el momento de embarcarlo en los aviones. El local había de ser refrigerado, pero en realidad llevaba varias semanas a la temperatura media de 17,7° C. En el postre incriminado, así como en las heces de dos enfermos, se halló un tipo de estafilococo (estafilococo áureo), que, en condiciones adecuadas de temperatura, produce cantidades elevadas de una toxina especialmente nociva para el tubo intestinal. La permanencia más prolongada del postre en el local no refrigerado explica la mayor frecuencia de los trastornos gastrointestinales en el tercer avión, que recibió las bandejas de las comidas dos horas y media más tarde que las otras dos aeronaves. Los estafilococos procedían, sin duda, de una enfermedad del pastelero encargado de la preparación del babarúa.

■ DR. J. A. VALTUEÑA.

La Capilla siXtina

TIP Y COLL

No soy hombre de "boîtes". No por prevenciones ideológicas, sino por una mera cuestión de hábitos nocturnos y de mala salud económica. Pero la progresia y la burguesía madrileñas, que a veces sociológicamente no coinciden, coincidieron esta vez en recomendarme el "show" de Tip y Coll en la sala Topless. Confieso que soy adicto de Tip desde el legendario "¡Niño, apunta!", y que las apariciones en TVE de Tip y Coll me han parecido extraños regalos imaginativos en el erial de la imaginación. Así es que hice caso de las recomendaciones y me presenté en la "boite". Iba yo en compañía de extraña gente: Carandell, Perich y Chamorro. Cuando acabó el "show" todos coincidimos en una doble sorpresa: por la calidad del espectáculo y por la insuficiente utilización y promoción que hasta ahora se ha hecho de dos cómicos geniales.

Perich contaba que en cierta ocasión, una sala de fiestas barcelonesa fletó un avión para que los enterados de la ciudad fueran a París para ver el "show" de Jerry Lewis. Lo que hacen Tip y Coll merecería que se fletara un avión desde distintas ciudades de España. Tip y Coll constituyen una muy bien complementada pareja en la que lo celtibérico se une con un surrealismo de alta escuela. Les falta, yo creo, una confianza en la calidad de lo que hacen, confianza que sólo podrían recibir del público, y que, hoy por hoy, no van a recibir.

¿Por qué? Pues porque la mayor parte del público ríe lo que menos caracteriza a Tip y Coll, lo que podría hermanarles con Tony Leblanc o Pajares. No se ha hecho campaña de divulgación sobre lo que constituye la "comicidad peculiar" de Tip y Coll, esa "comicidad peculiar" que caracteriza a los grandes creadores del humor de "show". Y si no se ha hecho esa campaña de divulgación ha sido porque los críticos de la cultura no se han preocupado por interpretar el

fenómeno de la estrambótica pareja española. Los que más se acercan hablan del "marxismo" de los dos pájaros (marxismo de los hermanos Marx, se entiende), pero no van mucho más allá en el análisis de ese humor de situación, en el que se mezcla un desdén radical por la lengua hablada, un desprecio particular por la lengua "establecida", una actitud física-psicológica de personajes que han comprendido las profundas similitudes que hay entre una madre, una escalera y una peseta, sobre todo si madre, escalera y peseta no hay más que una.

Del surrealismo extraen Tip y Coll el nihilismo frente a la convención lingüística; de su postura crítica, un sorprendente poder de caricaturización de la historia envolvente, y de su diferenciación de estatura, el doble horizonte del mundo: Tip está en los cerros de Ubeda, y Coll está en los sótanos donde se cultiva el champiñón. Creo que son dos excepcionales guionistas de dos no menos excepcionales actores, con la suficiente histrionía como para rozar la genialidad.

De los "gags" de Topless me quedo con todos, pero sobre todo con una intraducible reflexión sobre el papel de las escaleras en el mundo. De la actuación de Tip me quedo con su logradísimo intento de interpretar a la vez el papel de baturro en su burro, de maquinista de tren, de sí mismo. De la actuación de Coll me quedo con su rapidez de reflejos y esa impasibilidad "busterkeatoniana" que le convierte en espectador inocente de su propio espectáculo.

En un momento determinado, o probablemente indeterminado, una espectadora le pidió a Tip un chiste sobre "un catalán". Tip empezó así una historia, que luego terminaría otra vez en el baturro y su burro, el maquinista y la máquina de tren:

—Era un catalán muy joven. Tenía un cinco a cero de edad...

SIXTO CAMARA